EL JUDIO ERRANTE.

(Traducción de Schubart.)

Un hombre sale arrastrándose lenta y penosamente de la más obscura y profunda caverna del monte Carmelo. Es "Ahasverus" el judío.

Dos mil años van á cumplirse ya desde que un anatema terrible lo arrastra en continua marcha por todos los países.

* * *

Agobiado Cristo con el peso de la cruz, se detuvo para descansar en la puerta de la casa de "Ahasverus;" pero éste, irritado, le negó el descanso y arrojó de su puerta. El Salvador vaciló bajo la mano que lo expulsaba, y no pudiendo sostenerse más, cayó en tierra con el terrible madero que llevaba á cuestas.... mas no exhaló un suspiro ni una queja.

Entonces el ángel de la muerte se pre-

sentó á "Ahasverus," y en medio de su tempestuosa cólera le dijo:

—"Has negado el descanso al Hijo del hombre; jamás lo tengas tú, réprobo, hasta que El descienda otra vez sobre la tierra."

Un espíritu del averno se lanza sobre "Ahasverus," y lo arrastra de país en país sin permitirle descansar ni un momento. Y no morirá, porque la esperanza de reposar en la tumba, el dulce consuelo de la muerte, le había sido negado por el Eterno.

* * * *

Saliendo de una obscura barranca de la falda del monte Carmelo, se presenta "Ahasverus." Sacudió el polvo de su barba, se dirigió á los sepulcros de sus antepasados, y tomando un cráneo blanqueado por el tiempo, lo arrojó por la pendiente del monte: el cráneo saltó, resonó y se hizo mil pedazos.

—Este era mi padre, rugió "Ahasverus." Y arrojó otra calavera; y aun otras siete cayeron á su impulso, saltando de roca en roca.

—Y éstas.... éstas.... decía el judío, con los ojos fijos y saliéndose de su órbita, éstas eran mis mujeres.

Y continuaban rodando nuevos crá-

neos hacia el abismo, impelidos por sus furiosas manos.

—¡Estos son mis hijos! ¡Todos ellos, ¡ay! pudieron morir; pero yo, réprobo, no puedo! —¡Este terrible juicio lleno de horribles anatemas está eternamente suspendido sobre mi cabeza!

—Jerusalem cayó.—En medio de las llamas, entre los horrores del saqueo, despedacé á los niños, pegados aún al pecho de la madre: maldije al romano; pero la inconsable maldición que me ahoga, me escudó de sus golpes, y.... ¡no morí!

—Cayó Roma: me coloqué debajo de sus gigantes ruinas; ¡pero éstas se desplomaron sin aplastarme bajo su inmensa mole!

—Desde las crestas de las montañas coronadas de nubes, me arrojé al agitado mar; pero las olas rodaron con violencia, y me empujaron á la próxima orilla, respetando otra vez más mi existencia.

—Dirigí mi vista al fondo del abismo del Etna, y me precipité en él. Dejóse oír mi grito de angustia en medio del rugido del gigante, y durante diez meses llegaron mis suspiros á su boca sulfurosa, mientras azotaba con mis destrozados miembros las candentes rocas que erizan lo más hondo de su cráter.—¡Diez meses.....! pero al fin el Etna hirvió,

y en su terrible erupción me arrojó envuelto en un torrente de lava... ¡Palpité entre las cenizas, y viví aún!

—Recorrí despechado un bosque que ardía. De las cabelleras de los árboles goteaba fuego sobre mí; pero la llama apenas quemó mis miembros; y no me consumió!

—Entonces me afilié á esos asesinos de la humanidad que se llaman héroes, y con ellos me arrojé á lo más ardiente de la batalla. Herí al galo, herí al invencible germano; pero sus flechas y sus lanzas se rompieron en la superficie de mi piel. En mi cráneo resonó el alfanje del sarraceno, y las balas han llovido sobre mí como golpea el granizo sobre una armadura de acero: los relámpagos de la batalla serpenteaban ciñendo mis cansados miembros, como abrasa las agudas rocas el relámpago que habita las nubes. En vano pasó sobre mi cuerpo el elefante, y en vano golpeó mi frente el acerado casco del caballo de batalla. A mis pies reventaron las minas henchidas de pólvora: la explosión me lanzó al espacio, y caí aturdido, pero con vida, en medio de los huesos y las desgarradas entrañas de mis compañeros de combate.

En mí se rompieron las masas de acero de mis enemigos.

El dogal y el hacha del verdugo se rompieron en mi cuello.

Los dientes del tigre perdieron su filo y no pudieron penetrar en mi carne.

Las garras del león hambriento no pudieron despedazarme en el circo.

Me dormí entre las venenosas serpientes, irrité la sangrienta cresta del dragón; pero las víboras no pudieron impregnarme su veneno; y el dragón me atormentó, pero no pudo darme la muerte.

—Entonces llené de befa á los tiranos. Dije á Nerón: "Eres un perro rabioso de sangre."

Dije á Cristiern: "Eres un perro rabioso de sangre!"

Dije á Mulei Ismael: "Eres un perro rabioso de sangre!"

Y los tiranos inventaron terribles tormentos, y no me hicieron dar en ellos el último aliento.

—¡Ah! ¡No poder morir, no poder descansar después de las fatigas del cuerpo! ¡Llevar siempre este vestido de polvo, con su color de muerte, y sus enfermedades y sus exhalaciones de tumba! ¡Mirar durante millares de años el horrible monstruo de la monotonía! ¡Y el tiempo hambriento dando á luz continuamente niños, y después devorándolos!

¡No poder morir!.... ¡no poder morir!

¡Tremenda ira del cielo! ¿tienes en tu arsenal un juicio más terrible que el que pesa sobre mí?—Si lo tienes, que se desate como la tempestad contra mi cabeza, que me envuelva en una lluvia de rayos; pero que me tienda á tus pies, ¡y allí palpite, agonice y muera!

Y "Ahasverus" cayó en tierra. Su vista se nubló y sus oídos zumbaron. La noche veló sus ásperos párpados.

Un ángel lo condujo al fondo de la barranca entre los restos de sus antepasados.

—"Duerme ya, "Ahasverus," le dijo, duerme el dulce sueño de la muerte. ¡La cólera de Dios no es eterna!"

1861.